

ESTHER DÍAZ

# LA FILOSOFÍA DE MICHEL FOUCAULT

5ª edición  
corregida y actualizada

Editorial Biblos / Filosofía



**ESTHER DÍAZ**

**LA FILOSOFÍA DE  
MICHEL FOUCAULT**

**Editorial Biblos**

Díaz, Esther

La filosofía de Michel Foucault : edición ampliada y actualizada . -1a ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Biblos, 2014.

E-Book.

ISBN 978-987-691-291-4

1. Filosofía. I. Título

CDD 190

Primera edición: marzo de 1995.

Segunda edición: mayo de 2003.

Tercera edición: febrero de 2005.

Cuarta edición: marzo de 2010.

Diseño de tapa: *Luciano Tirabassi U.*

Armado: *Ana Souza*

© Esther Díaz, 2014

© Editorial Biblos, 2014

Pasaje José M. Giuffra 318, C1064ADD Buenos Aires  
[info@editorialbiblos.com](mailto:info@editorialbiblos.com) / [www.editorialbiblos.com](http://www.editorialbiblos.com)

Hecho el depósito que dispone la Ley 11.723

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

## UNOS AÑOS DESPUÉS

### Prólogo a la segunda edición

En realidad, mi primer amor filosófico fue Hegel. Estuve a punto de casarme con él, es decir, de doctorarme defendiendo una tesis sobre su filosofía de la historia. Fue mi novio oficial durante siete años, al cabo de los cuales conocí a otro que desplazó al primero. Comencé a leer a Michel Foucault. Pero por creer yo en aquellos tiempos que la fidelidad era un bien inalienable, seguí trabajosamente estudiando a Hegel. Este filósofo me ofrecía un panorama abarcador y magnífico de la realidad. Sigo pensando que junto con Platón, Aristóteles, Descartes, Kant, Nietzsche y Marx, es uno de los pensadores cruciales de Occidente. No obstante, sus discursos totalizadores no me ayudaban demasiado a comprender nuestro presente. Por el contrario, las teorías de Foucault, si bien no tienen el alto vuelo teórico de las hegelianas, iluminaban mis lecturas periodísticas matinales. Estas teorías me brindaban herramientas para pensar las perversidades de la dictadura, la impunidad de los poderosos. El desarraigo de los excluidos, los recovecos del deseo. Además, me señalaban que a partir del pensamiento se pueden instaurar prácticas liberadoras. No universales ni absolutas, ni siquiera perennes, pero posibles, acotadas, más acordes con las estrechas dimensiones humanas.

Sin embargo, no me decidía a cambiar. Hasta que un verano, durante una siesta tucumana apabullante, soñé que me divorciaba de Hegel y me casaba con Foucault. Ese día concebí este texto. Varios años después nació como tesis doctoral. Luego, despojado del solemne aparato crítico académico, apareció la primera edición. Hoy vuelve a nacer, casi clonado. De más está decir que las enseñanzas de mi primer amor enriquecieron mi matrimonio con el

pensamiento foucaultiano. Y actualmente, que aspiro a ser señora de nadie, reconozco que aquellos amores oficiales y muchos otros más o menos clandestinos son los que alimentan mis pensamientos y por lo tanto mis palabras.

Michel Foucault irrumpió en la cultura como moda. Si se quería “pertenecer”, respirar el aire del presente, había que citarlo. Su eclosión en nuestro país se produjo con la epifanía de la democracia. Algunos argentinos, mientras se restregaban los ojos desacostumbrados todavía al brillo de la libertad, descubrieron a Foucault. Este autor circulaba por reducidos grupos ilustrados desde la década de 1960. Veinte años después comenzó a ser intensivamente mencionado por lo snobs y consultado por quienes buscaban respuestas para tanta ignominia, así como marcos teóricos para acceder a la nueva realidad. La academia filosófica primero lo ignoró, luego lo negó, más tarde lo criticó. Cuando no tuvo más remedio que aceptarlo por el peso propio de su pensamiento, comenzó a leerlo a través de comentaristas anglosajones, detractores “naturales” de la filosofía continental. Llegó un momento en que las universidades ya no podían rechazar tesis doctorales sobre Foucault, pero sus profesores más conservadores replicaban que a ese autor no se lo podía tomar en serio. Y cuando los cursantes insistían en que querían hablar de él, los mandaban sin la menor cortesía a la mesa de los bares.

La primera edición de este libro surgió en ese campo de batalla intelectual. A pesar de los años transcurridos, el libro resurge así casi sin modificaciones. Se le agregó este prólogo, se enmendaron algunas erratas y se actualizó la bibliografía. Es cierto que hoy lo escribiría de otra manera, pero sería otro libro. Prefiero que siga manteniendo el espíritu *fin de siècle* que lo caracteriza, con una importancia otorgada al psicoanálisis que hoy no le daría y con un tratamiento de la militancia no partidaria que hoy reforzaría. En lo demás, sigo acordando. En general, con mi

exposición del corpus foucaultiano y con mis acotaciones a su filosofía. El libro casi no cambió, lo que cambió es el paisaje que lo contiene. Foucault integra hoy la galería de los clásicos.

Sus reflexiones, sus problemáticas y sus métodos traspasan los muros de la filosofía y llegan a disciplinas sociales, humanísticas, artísticas, naturales y hasta formales. Desde este texto intento ofrecer un panorama de su obra con cierta sistematicidad y una especie de apertura a sus categorías fundamentales. No creo en una objetividad *per ser*, pero procuro atenerme a lo dicho y escrito por el filósofo, sin desconocer por cierto la injusticia de mi propia perspectiva. En definitiva, trato de ofrecer un mapa general de la obra de Foucault.

Como cualquier mapa, cada viajero lo utilizará según sus necesidades.

Es obvio que el mapa no es el territorio. Quien anhela conocer las cataratas del Iguazú no se conformará con un mapa. Sin embargo, le será útil para llegar. Y si el mapa está comentado (como es el caso), lo ayudará también para decidir, según sus inquietudes, qué sendero aceptar o rechazar, en qué pasajes demorarse, en cuáles acampar, qué cosas investigar, dónde descansar y en qué sitios no le conviene detenerse siquiera.

Aroma de flores, sopor de verano y un libro cayendo de mi mano dormida estimularon aquel sueño que me enamoró de la teoría de Foucault. Hoy, el amor se convirtió en amistad. Pero no puedo dejar de reconocer que nada conmovió tanto mi vida profesional como haber recorrido los apasionantes caminos abiertos por este pensador. Me gustaría que quien lea las presentes páginas sienta también el estímulo de esta teoría surgida desde la reflexión, el cuerpo, la indignación y el deseo.

E.D.

## EL SEGUNDO NACIMIENTO DE FOUCAULT

### Prólogo a la quinta edición

*Sólo aquel que con los  
muertos  
Comió de su amapola,  
No perderá jamás  
El más delicado de los  
tonos.*

Rainer Maria Rilke, *Sonetos a Orfeo*

Ituzaingó, mediados del siglo XX: yo era una niña. Supongo que a todos los niños les ocurrirá lo mismo, pero a mí se me daba por pensar en el futuro. Nadie podía borrar el horizonte dibujado e impreso por el imaginario familiar y social, por lo tanto pensaba clichés: me casaría, tendría hijos, una casa quizá, ni siquiera osaba imaginar un coche. Hoy reconozco la estrechez edípica de mi pasado futuro posible.

Pero me siento un tanto reivindicada pues, a pesar de esas pretensiones descascaradas, me preocupaban también otras adornadas con delicados estucos. Quiero creer que no eran heredadas. Parecería que las hubiera parido yo misma. Pensaba en el tercer milenio y pensaba en la verdad. En el milenio, porque creía que no estaría viva para disfrutar de esa especie de *metrópolis* policromada que serían las ciudades venideras. Extrañamente, no me entristecía no estar para verlas, más bien me regocijaba con los dichosos que podrían deslizarse por ellas. Y pensaba en la verdad porque estaba segura de que con los años se revelaría en todo su esplendor; una verdad futura

con agridulce sabor de manzanas. La esperanza de encontrar esa verdad se fabricó un lecho en algún rincón de mi ser. Si por algo no le temía a la vejez era porque creía que con ella se abrirían las compuertas del saber y todas las contradicciones se acurrucarían como un ovillo. Miraba la afelpada esfera de lana que colgaba de las agujas de mi abuela e imaginaba que así de redonda sería mi comprensión de todos los enigmas.

He de confesar que mis silenciosas fantasías se realizaron, pero invertidas. Aquello que parecía imposible, acaeció. Sobrevolé el pasaje de siglo. En cambio, lo que daba por seguro estalló en mil pedazos. No existe verdad totalizadora ni antes ni al final. Sin embargo, apareció un tercer término no pensado ni esperado, los *encuentros*. A veces se producen conexiones inesperadas con la otredad o con uno mismo. Nuevos nacimientos. Epifanías de resurrección. Toda larga vida -u obra- conoce muertes y renacimientos.

Estar en estos momentos prologando la quinta edición de este libro, publicado por primera vez en 1995, representa para mí un renacimiento y un encuentro: con Michel Foucault y el casi olvidado idilio que viví en aquellos tiempos; con renovados anhelos filosóficos; con los ojos que podrían llegar a recorrer esta escritura.

A falta de metrópolis encantadas o de verdades reveladas, me ha sido dado el regalo de trabajar con el pensamiento y de encontrarme -y reencontrarme- con un pensador mayor. Así pues, en el momento en que tuve que asumir una nueva edición de este libro, al que le dediqué algunos lejanos años de mi vida, advertí que algo había cambiado. La obra de Foucault, después de la publicación de sus cursos en el Collège de France, atraviesa un segundo nacimiento. Cuando este libro se publicó por primera vez aún no se habían difundido esos cursos. Ellos son motivo del agregado de un nuevo capítulo en esta edición, a la que asimismo he revisado en su totalidad.

Estos póstumos (no tan póstumos) durmieron décadas hasta que los desencriptaron lentamente. ¿De qué habló Foucault en estas clases? No se puede ser muy explícito sobre el contenido de trece cursos en pocas páginas. Pero es posible buscar pistas, analizar fragmentos, subrayar hallazgos, relacionar con el resto de la obra y destacar los principales ejes de investigación desarrollados a lo largo de las clases.

¿Sólo para filósofos? De ninguna manera; los cursos son incursiones por la política, el nazismo, el liberalismo, la psiquiatría, los degenerados, la ciencia, la gubernamentalidad, el biopoder y tantas otras cosas. La diversidad es atravesada por cuchilladas de sentido. Interpretaciones y expresiones que pueden llegar a conmover por la inesperada red de relaciones simbólicas que el profesor Foucault teje ante sus alumnos.

Los cuatro últimos cursos los dicta entre la salud y la enfermedad. Pero se solidariza con la vida y se va haciendo amigo de la muerte. Las investigaciones que los guiaron recurren una y otra vez a las meditaciones sobre la finitud. El valor de esas meditaciones radica, según Foucault, en anticiparse a lo que el imaginario proyecta sobre la muerte como un mal y descubrir que en realidad es una experiencia. Otra. Descubrir además la posibilidad de acariciar nuestra propia vida con una mirada retrospectiva que únicamente se alcanza en las postrimerías. Considerar que estamos cerca del final otorga un valor específico a cada una de nuestras acciones. La muerte se apodera del navegante en el mar, del labriego en el campo... “Y tú, ¿en qué ocupación quieres que te sorprenda?”, pregunta Foucault citando a Epicteto. Luego recurre a Séneca, quien esperaba su último día para erigirse en juez de sí mismo y saber si su virtud había residido en los labios o en el corazón.

En los apuntes de la última clase, en un fragmento que no llegó a leer a los alumnos, Foucault dice que quiere

insistir en que no existe instauración de la verdad sin una reafirmación radical de la alteridad: la verdad nunca es lo mismo, ya que sólo puede haber verdad en la forma del otro mundo y la otra vida. Con este guiño final Foucault nos regala -nuevamente- el más delicado de los tonos.

E.D., 2014

Treinta años de la muerte de Paul (Michel) Foucault

I

# LA VIDA Y LA OBRA

*Se puede leer cada uno de mis libros como un fragmento de autobiografía.*

Michel Foucault

En el octavo libro de la *Odisea*, se lee que los dioses tejen desdichas para que a las futuras generaciones no les falte algo que cantar. En el recorrido por el devenir histórico se advierten desencuentros como para que a los filósofos no les falte algo que pensar. Las “desdichas” que posibilitan la filosofía son desencuentros entre la teoría y la práctica, entre lo que se dice y lo que se hace, entre lo que se proyecta y lo que se logra. En esa escisión entre las palabras y las cosas se instauran las problematizaciones. Ellas son una de las condiciones de posibilidad de la filosofía.

La filosofía de Foucault es una ontología histórica. Ontología, porque se ocupa de los entes, de la realidad, de lo que acaece. Histórica, porque piensa a partir de los acontecimientos, de datos empíricos, de documentos. Una ontología histórica es una aproximación teórica a ciertas problematizaciones epocales.

La obra de Foucault puede dividirse en tres etapas: la *arqueología*, la *genealogía* y la *ética*. Aquí se analizan solamente los textos fundamentales de esas etapas. El resto de los discursos de Foucault, se mencionen o no durante el desarrollo del texto, son citados al final del libro.

En su primera etapa, la arqueológica, Foucault procura hacer una ontología histórica de nosotros mismos en relación con la *verdad* a través de la cual nos constituimos en sujetos de conocimiento. En un segundo momento, el

genealógico, intenta producir una ontología histórica de nuestros modos de sujeción en relación con el campo de *poder* a través del cual nos constituimos en sujetos que actúan sobre los demás. En la tercera etapa, la ética, pretende elaborar una ontología histórica de nuestras subjetividades en relación con los cuestionamientos a través de los cuales nos convertimos en *agentes morales*. En los tres períodos Foucault se ocupa de las formas de subjetivación como producciones históricas.

Adhesiones y rechazos aparte, el pensamiento de Foucault se ha incorporado a la temática filosófica contemporánea. Como toda concepción filosófica, constituye un espacio abierto al ejercicio sagital de la crítica y del reconocimiento. Tal es la actividad teórica que me propongo. Mi discurso intenta sumarse al de todos aquellos que, ejerciendo una función contradogmática, eligen la búsqueda de los placeres del pensamiento racional. Incluso, cuando en esa elección se prefiere reflexionar sobre las secretas aventuras del desorden y de las diferencias.

Foucault nació el 15 de octubre de 1926. La fecha parece una premonición; si Nietzsche hubiera vivido, ese mismo día habría cumplido años, exactamente ochenta y dos. Nietzsche vivió cincuenta y seis años; Foucault, cincuenta y ocho. Murió el 25 de junio de 1984 en la Salpêtrière, uno de los establecimientos de encierros más tematizados por él en su juventud.

Era provinciano. Nació en Poitiers. Allí realizó sus primeros estudios. Época de bonanza. Más tarde comenzaron los inconvenientes. En un ambiente de incertidumbre y guerra, supo de fracasos estudiantiles. Primero en el cuarto año del colegio secundario; luego en el intento inicial para acceder a la educación superior. Y, finalmente, para obtener la agregación. La elaboración de estas duras experiencias de vida puede haber dado, tal vez,

la temática de la primera parte de la obra de Foucault: su preocupación por el saber, por la verdad, por la episteme. La arqueología.

Los sucesos de mayo de 1968 abrieron otra etapa en la vida de Foucault y, al mismo tiempo, otra etapa en su obra. Comienza la genealogía. La problemática del poder, desde el punto de vista teórico, se inscribe límpidamente en una búsqueda vital de militancia activa. Foucault necesita una teoría que dé cuenta de las prácticas sociales en las que subsiste. Canaliza esta inquietud analizando las exclusiones del discurso y el origen de la prisión. Surge su teoría del poder a través de una búsqueda a la que le dedicó doce años de su vida.

Al comenzar la década del 80, la reflexión sobre el poder le deja paso a la reflexión ética. Hay una bisagra que las articula: el sexo. Foucault, herido de muerte, piensa sistemáticamente sobre el amor, el deseo y el cuidado de sí. Asume la más clásica de sus indagaciones filosóficas porque, rastreando las relaciones éticas entre libertad y verdad, se pregunta cómo hacer una obra de arte de la propia vida.

¿Dónde termina la vida? ¿Dónde comienza la obra? Vanas preguntas de agrimensores intelectuales. Los acontecimientos vitales no representan el crepúsculo donde se hunde la obra, sino el espacio en el que se realiza. El discurso mediatiza la realidad de quien lo enuncia. En la obra está la vida, en la vida está la obra.

Los testigos de la primera juventud de Foucault recuerdan su rechazo por el nombre del padre. Su nombre legal es Paul. Así se llama su padre. Foucault siempre se hizo llamar Michel, el sobrenombre elegido por su madre. Su padre quería que fuera médico, tal como él mismo lo era. Foucault no obedeció. Denunció, en cambio, los mecanismos coercitivos de la práctica médica. El dispositivo paterno se había propuesto un objetivo estratégico: que Paul fuera médico. Pero la "astucia del

dispositivo” produjo un plus no deseado ni esperado: un Paul que fue Michel y un predestinado a la medicina que se dedicó a la filosofía.

Foucault sufrió las restricciones características del orden escolar católico, las mezquindades propias y ajenas de la vida comunitaria estudiantil, la marginación por su elección sexual, y sufrió, también, algunas intervenciones médico-psicológicas a causa de juveniles intentos de suicidio. Más tarde, desde su teoría, describirá las condiciones que hacen posibles las prácticas sociales constituyentes de sujetos a través de las cuales llegamos a ser lo que somos. Esas prácticas que nos sujetan pero que no nos determinan. Más bien nos encauzan sosteniendo el advenimiento de la individualidad.

II

EL SABER

*“Conócete a ti mismo”, ésta es toda la ciencia. Sólo cuando el hombre haya adquirido el conocimiento de todas las cosas podrá conocerse a sí mismo. Pues las cosas no son más que las fronteras del hombre.*

Friedrich Nietzsche, *Aurora*

La vida es una continua resistencia al *vacío* de la muerte. Vivir es resistir. Si lo otro de la vida es la muerte, cada fragmento de vida es una pequeña batalla ganada a la muerte. Nuestra singularidad surge de la multiplicidad de nuestras muertes. Vencemos la muerte del niño que fuimos, de las relaciones que ya no son, de la lozanía, de la belleza, de la plenitud. El negativo de mi vida es todas mis muertes. Existen distintas maneras de resistir. Foucault resistió pensando. A partir de una educación rica, coercitiva y conflictiva, pensó el saber. A partir de una sociedad convulsionada por reacciones contradictorias, pensó el poder. Finalmente, a partir de su propia problemática sexual, pensó el deseo y, por último, enfrentado con la muerte a corto plazo, pensó la ética.

Analizaré, ahora, la primera etapa de la obra de Foucault, la arqueología. En ella se recorren distintos estratos de saber conformadores de los discursos que una etapa histórica considera verdaderos. Se trata de hacer una historia de los a priori (no formales sino históricos) que se establecen en una época determinada. Para realizar esta historia, Foucault parte de la noción de “problematización”. Esto es, a partir del objeto de estudio elegido, se pregunta

cómo y por qué, en un momento dado, estos objetos han sido problematizados a través de una determinada práctica institucional y por medio de qué aparatos conceptuales.

La historia de la verdad es la historia de esas prácticas, del proceso que siguen y del método con que se instrumentan. Hay problematizaciones cuando no existe correspondencia entre lo que se dice y lo que se hace. Hay fragmentos de la realidad que se ofrecen con claridad a la vista y son difíciles de enunciar, así como hay cosas que se dicen y es dificultoso ver. Existe pues una disyunción entre lo visible y lo enunciable. Se descubren los enunciados y las visibilidades donde éstos alcanzan sus propios límites. En este juego de aperturas entre lo enunciable y lo visible se abre la textura del ser. Se manifiesta el acaecer de lo verdadero, mejor dicho, de lo que una época determinada considera verdadero. La solución de una problemática no se transmite de una época a otra. Pero un problema nuevo puede reactivar los datos de una vieja problemática. Cada formación histórica plantea sus propios cuestionamientos: ¿qué puedo saber, o qué puedo ver y enunciar en tales condiciones de luz y de lenguaje? ¿Qué puedo hacer, qué poder reivindicar y qué resistencias oponer? ¿Qué puedo ser, de qué pliegues rodearme o cómo producirme como sujeto? Bajo estas tres preguntas, el yo no designa un universal, sino un conjunto de posiciones singulares adoptadas en un *se habla, se ve, se hace frente, es decir, se vive*.

El planteo que dirige los trabajos filosóficos de Foucault, en el período que va de 1961 a 1969, parte del pensamiento del presente para dirigirse hacia el pasado. Se pregunta, entonces, qué es el saber. Su investigación arqueológica se orienta hacia el análisis de ciertos aspectos culturales del período histórico que abarca desde el Renacimiento hasta el siglo XIX. Hay también “referencias” a épocas anteriores. En ellas se encontrarán las condiciones de posibilidad de la episteme actual.

En la etapa arqueológica se privilegian los temas de la locura, de la enfermedad y del surgimiento de las ciencias sociales; existe también una reflexión sobre el método de trabajo. Foucault considera que la historia no refleja un proceso de la razón. Desde la arqueología descubre distintas formaciones históricas. En ellas pueden aparecer elementos de conformaciones anteriores dispuestos de otra manera, integrando una nueva disposición. Existen formaciones sucesivas que tienen su génesis. Pero no existen sustancialidades, como el sexo o la locura. Cada cambio de época es como un movimiento caleidoscópico. Sus elementos pueden ser los mismos. Pero, al ritmo de los avatares históricos, se reacomodan de distinta manera. También se pueden hallar conexiones entre una época y otra. Nada autoriza, no obstante, a suponer que las conformaciones de una época son “progreso” o “perfeccionamiento” de las anteriores. A partir de elementos reales, de prácticas discursivas y no discursivas, se conforman figuras o estratos que la arqueología puede llegar a objetivar en su multifacética pluralidad.

## **El desorden y la diferencia**

La arqueología describe los discursos como prácticas específicas en el elemento del archivo. El archivo está compuesto por los sistemas de enunciados de los que surgen los acontecimientos y las cosas. Foucault rastrea enunciados históricos, científicos, administrativos, periodísticos, filosóficos, jurídicos y artísticos. Se enfrenta con las cosas y con los acontecimientos a través de los enunciados que los fueron instaurando. El espesor de las prácticas discursivas permite descubrir sistemas establecidos por los enunciados. Los acontecimientos y los objetos son “moldeados” por dichos enunciados.

A Foucault no le interesa la adición de todos los textos del pasado, ni le interesan las instituciones en sí mismas, sino en tanto generadoras de discursos considerados verdaderos. Se pregunta por qué tantas cosas repetidas desde hace milenios no surgieron simplemente de las leyes del pensamiento a partir de una circunstancia determinada, sino que obedecen a un juego más complejo de relaciones. Los discursos no son figuras que se engarzan azarosamente sobre procesos mudos. Surgen siguiendo regularidades. Esas regularidades establecen lo que cada época histórica considera verdadero y forman parte del archivo que estudia la arqueología filosófica. La confrontación de *Arqueología del saber* con los otros textos arqueológicos (*Historia de la locura*, *El nacimiento de la clínica* y *Las palabras y las cosas*) permitirá vislumbrar qué es la arqueología, en tanto “archivo audiovisual”.

El dispositivo del archivo circula en el *sistema de su enunciabilidad* y en el *sistema de funcionamiento* de los distintos discursos. Define el nivel de la *práctica* que hace surgir los enunciados como acontecimientos. Mientras la *lengua* delimita el sistema de construcción de frases y el corpus se compone (pasivamente) con las palabras pronunciadas, el *archivo* constituye el sistema general de la formación y de la transformación de los enunciados. Dicho de otra manera, la lengua organiza el sistema de comunicación, el corpus contiene todas las palabras que componen los discursos y el archivo estructura dinámicamente la relación entre las palabras y las cosas generando reglas de formación y de transformación de enunciados verdaderos. Más adelante se analiza la categoría de “enunciado” que -en Foucault- requiere no sólo componentes discursivos, sino también no discursivos. En *Las palabras y las cosas* se recorren enunciados que corresponden a un mismo archivo, a través de distintas disciplinas (análisis de las riquezas, historia natural y análisis de la lengua).

El archivo está en la delimitación de los discursos, en el margen de la práctica discursiva. De ahí la dificultad para describir el archivo desde el cual el investigador habla. El archivo comienza en el exterior del lenguaje, es decir, en las prácticas sociales. Señala rupturas y diferencias, no continuidades e identidades. Desde afuera delimita un momento histórico. Forma el horizonte general al cual pertenecen la descripción de las formaciones discursivas, el análisis de las posibilidades y la fijación del campo enunciativo. El archivo es el “entre”, la intersección entre las palabras y las prácticas.

En *Historia de la locura*, aunque se utiliza abundante literatura médica, no se desarrolla una historia de la verdad científica sino una historia del silencio respecto de la locura, de lo que *no* se decía sobre ella, pero se hacía; de lo que se decía y se hacía en un plano distinto del discurso médico, es decir, en registros burocráticos de hospitales, ordenanzas de establecimientos de encierro, disposiciones gubernamentales o policiales, y también de lo que se decía que se hacía pero, en realidad, no se llevaba a cabo. *Historia de la locura* es una historia de lo diferente. El loco es el otro en relación con los demás: el otro -en el sentido de la excepción- entre los otros. Entre el loco y el sujeto que pronuncia “aquel es un loco” se ha abierto una distancia. El loco representa lo diferente. Es lo que escapa a la regla. La excepción es, en la época que Foucault llama del “gran encierro”, aquello que debe ser excluido, amurallado, separado de la sociedad.

El primer libro arqueológico, *Historia de la locura*, se ocupa específicamente de lo otro.<sup>[1]</sup> Lo otro es también tema del segundo libro de este período, *El nacimiento de la clínica*. Entre ambos, Foucault publicó *Raymond Roussel*, cuya temática no trataré en esta oportunidad. En *El nacimiento de la clínica* se atiende a la enfermedad en tanto ésta no pertenece al orden sino al desorden de las cosas. El

enfermo es la otredad respecto del hombre sano. No obstante, la enfermedad presenta regularidades y semejanzas que la hacen mensurable. Se puede encontrar e instaurar en ella un orden. El texto va de la experiencia límite de lo otro a las formas constitutivas del saber médico. De manera similar, en *Historia de la locura* se pasa de la experiencia límite de la locura a las formas constitutivas del saber psiquiátrico. En *Las palabras y las cosas*, en cambio, Foucault abandona -momentáneamente- el tema de lo otro para ocuparse exclusivamente de lo mismo, del orden de las cosas y del pensamiento de lo mismo. Lo mismo es el territorio de aquello que la modernidad consideró racional. Es lo que entra en el orden establecido, lo que no admite contradicciones. Por el contrario, respecto de la locura y de la enfermedad, Foucault no se pregunta directamente por el orden -es decir, por los discursos internos de la ciencia- sino por la manera en que una cultura establece los límites entre lo normal y lo anormal.

Foucault, cuando se ocupa de lo mismo, persigue la disposición de las cosas tratando de descubrir según qué parámetro, desde qué punto de vista -en definitiva, a través de qué "grilla"- se mira, en una época determinada, para que se encuentren semejanzas o afinidades entre ciertas cosas. En *Las palabras y las cosas* se preocupa por clarificar el a priori histórico que se constituyó, en el pensamiento neoclásico, para que se pudiera componer el tablero de las semejanzas. En tal tablero se dispusieron claramente las identidades entresacadas del caos de las diferencias. Esa claridad no se había manifestado antes y, en muchos casos, no se volvió a manifestar después. Foucault trabaja, entonces, en *Las palabras y las cosas*, las fracturas de determinados discursos, en el ámbito de una misma disciplina, a través de distintas épocas. También se interesa por la homologación de discursos de diversas disciplinas en una misma época. Las épocas estudiadas son:

primero, el Renacimiento, luego la época que llama Época Clásica (siglos XVII y XVIII) y, finalmente, la que llama “modernidad” (siglo XIX hasta su propia época).<sup>[2]</sup> Las disciplinas consideradas son las que se ocupan del hombre, en tanto éste es un ser vivo, que trabaja y que habla. *Las palabras y las cosas* -posiblemente la obra foucaultiana de mayor elaboración filosófica, en el sentido clásico de filosofía- describe lo que para su autor son las *condiciones de posibilidad de las ciencias humanas*. En *Historia de la locura* también se analiza el acaecer de las ciencias sociales, pero no desde el punto de vista del discurso científico sino desde algunas de las prácticas que hicieron factible tal discurso.

En ese texto se suceden las descripciones y los análisis de exclusiones sociales. Éstos permitirán que una época (la neoclásica) pueda salvar las identidades confundidas en el desorden de lo diferente. Es la historia de lo otro, de lo que, para una cultura, es a la vez interior y extraño y debe, por ello, excluirse para conjurar un peligro interior, pero encerrándolo para reducir la alteridad.

En *El nacimiento de la clínica* se asiste a otra historia de la otredad. El enfermo es sólo un texto a leer, el objeto transitorio del cual la enfermedad se ha apropiado. El médico de la Edad Clásica (para nosotros, neoclásica) ve en los enfermos a individuos que le resultan indiferentes en tanto seres humanos. En cambio, le interesan en cuanto portadores de una u otra enfermedad. El individuo está *sujeto* a una enfermedad, es un caso clínico, es un ejemplar o ejemplo de otra realidad, o de aquello “que es real”: la enfermedad. El individuo es el lugar donde la enfermedad se ha alojado accidentalmente. La enfermedad puede registrarse, engrosará así las categorías de lo mismo. El enfermo, en tanto persona, debe ser excluido y enrolado en lo indeterminado de lo otro.

Las culturas llegan a la determinación de lo mismo a través de varias exclusiones. Entre razón y sinrazón se excluye a esta última. Entre enfermedad y salud se relega a la primera. Entre el que cumple con la ley y el que la infringe se expulsa al infractor. Los discursos que se instauran sobre estos temas se establecen *desde* la razón, *desde* la salud, *desde* la ley. Aunque se trate de ámbitos distintos en una misma época, se pueden encontrar modelos teóricos similares para espacios epistemológicos diferentes. Este isomorfismo de discursos conforma el estudio de lo mismo. Lo otro, en cambio, se capta en lo rechazado, en tanto diferente, desordenado, caótico. Lo otro es lo impensado de la cultura.<sup>[3]</sup>

En las “historias” de Foucault no se asiste al desarrollo de una razón progresiva sino a la constitución de materialidades, discursos y relaciones de fuerza interactuando. No existe una razón histórica deviniendo hacia su propia perfección. Se trata de una filosofía no dialéctica. Una filosofía de tensiones. Una concepción de la historia que exige un nuevo examen de las distinciones más fundamentales del pensamiento: el ser y el no ser, lo mismo y lo otro, lo finito y lo infinito. La arqueología no muestra procesos dialécticos, señala violencias entre lo discursivo y lo no discursivo. En ese desfase entre ambos ámbitos se producen las problematizaciones, de las cuales surgirán los efectos de verdad. Los textos psiquiátricos, clínicos, jurídicos (o de cualquier disciplina), en todo caso, pueden mostrar sólo una parte, un elemento. A cada texto le faltan sus complementos, los otros fragmentos del complicado caleidoscopio del que surgen los discursos verdaderos. La historia de las problematizaciones es la historia de la producción de la verdad y no coincide exactamente con la historia de la ciencia. La historia de la ciencia figura más bien como un efecto de superficie. Esto no quiere decir que se la puede dejar de lado, sino que una reflexión sobre lo

histórico de un saber no puede contentarse con seguir a través de la sucesión del tiempo el hilo de los conocimientos; en efecto, éstos no son fenómenos de herencia y de tradición, y no se dice qué los ha hecho posibles enunciando lo que ya se conocía antes de ellos y lo que ellos, según se dice, “han aportado de nuevo”. La historia del saber no puede hacerse sino a partir de lo que fue contemporáneo y, ciertamente, no en términos de influencias recíprocas sino en términos de condiciones comunes de posibilidad.

La producción de la verdad se descubre en las prácticas. Los objetos son productos de las prácticas. Por lo tanto, no hay cosas, no hay objetos; mejor dicho, existen las cosas o los objetos que las prácticas producen. No porque al modo de un idealismo extremo se creyera que el pensamiento o la percepción construyen la realidad, sino porque lo dado (sea esto lo que fuera) es dicho, es visto y, en cierta medida, es producido a través de las prácticas. Éstas, además, transforman e instauran la realidad. No existían brujas -o por lo menos, no masivamente- hasta que no se comenzó a instrumentar prácticas discursivas y no discursivas sobre la brujería.

No existen objetos naturales. Existen sustratos naturales que las prácticas sociales convierten en objetos. Las prácticas producen objetividades del mismo modo que el peral produce peras. No hay peras sin peral, no hay cosas (como sinónimo de objetos) sin prácticas (discursivas y no discursivas) que las produzcan. Estudiar sólo las cosas sin tener en cuenta las prácticas que las producen sería como estudiar solamente lo que emerge del iceberg, como si lo emergente fuera algo aislado de la voluminosa masa total. Hacer arqueología es intentar descubrir bajo las aguas las prácticas que sostienen lo objetivado. Por ejemplo, la locura sólo existe como objeto *en* y *por* una práctica. Por otra parte, existen moléculas nerviosas dispuestas de determinada manera o conductas que difieren de las de la

mayoría de las personas. Esas moléculas o esas conductas son *materia* para algo que los discursos y las prácticas pueden conformar como “locura”.

La locura, que nosotros consideramos una enfermedad mental, se ha objetivado de distintas maneras en veinticinco siglos de historia occidental. Afirmar esto no significa aseverar que las prácticas sociales han generado algo que no existía en las células o en las conductas, o en ambas, si bien las conductas también varían. Hay un sustrato distintivo al que nosotros, a partir del siglo XIX, consideramos enfermedad mental. No siempre se lo consideró así. Pero durante el neoclasicismo, aunque existían ámbitos en los que la locura era considerada una enfermedad, la práctica jurídica y la sensibilidad general la incluían todavía en la sinrazón.<sup>[4]</sup>

Lo que hoy denominamos “locura” surgió –y desapareció– en distintas épocas o sectores, como inspiración divina, enfermedad, sinrazón, castigo celestial u otras formas. Nunca dejó de existir como algo que cada época objetivó de determinada manera. “Personalmente, no he escrito nunca”, dice Foucault, “que *la locura no existe*, pero se puede escribir, en efecto, para la fenomenología, la locura existe, pero no es una cosa; por el contrario, es preciso decir que (para mí) la locura no existe, pero no por eso deja de ser algo”.<sup>[5]</sup>

Foucault, después de haber publicado *Las palabras y las cosas*, sintió la necesidad de escribir un libro para explicar su método. Surgió así *Arqueología del saber*. Intenta allí aclarar cómo trabajó y cómo seguirá trabajando. No representa un catálogo metodológico para ser seguido, o que Foucault haya seguido puntualmente. Podría decirse que, más bien, analiza algunos de sus supuestos. Desarrolla ciertos puntos clave de la arqueología: enunciados, formaciones discursivas, reglas de transformación, acontecimientos, monumentos, formación de objetos,

conceptos, estrategias, rareza, archivo, historia del pensamiento. Después de diez años consagrados a un trabajo de erudición que le ha permitido considerar la locura, la medicina y la fundación de la ciencias humanas, Foucault se da tiempo para reflexionar sobre la eficacia de las nuevas técnicas de análisis que ha desarrollado, se da cuenta de que ha descubierto en el camino un gran campo inexplorado. Este dominio es inaccesible tanto a quienes valoran la noción de sentido, en su filiación a las ciencias humanas -la tradición hermenéutica-, como a quienes renuncian totalmente al sentido -los desarrollos estructuralistas-, en relación con las mismas ciencias. En el tratado de metodología que constituye *Arqueología del saber* Foucault toma posesión de este nuevo dominio y despliega todo el arsenal necesario para su exploración.

El núcleo teórico de ese texto se podría esquematizar así: se rechazan las *unidades discursivas* tradicionales (autor, libro, obra). Se consideran las *formaciones discursivas* (tradicionalmente llamadas ciencias, ideologías, teorías). Los elementos de esas formaciones responden a *reglas de formación*, las cuales constituyen *sistemas de formación* (según cómo se “formen” los discursos son creíbles o no en una época determinada). Los componentes del discurso analizados arqueológicamente son: 1) *objetos*; 2) *modalidades de enunciación* (el sujeto de la enunciación no es un individuo, sino una función); 3) *conceptos*, y 4) *estrategias* (elecciones temáticas). Entre estos cuatro elementos existe un sistema de dependencia que interactúa sobre las formas de coexistencia de los *enunciados*. Éstos son funciones que se ejercen entre los diversos elementos que componen el *discurso*. Los discursos están compuestos por un conjunto de prácticas y lenguajes que dependen de un mismo sistema de formación (discurso clínico, económico, penal, pedagógico, entre otros). La aplicación de estas categorías permite describir “objetivamente”, sin ningún tipo de interpretación, pues en esa etapa de su obra

el filósofo suponía que tal cosa era posible. Este último punto es el más débil de *Arqueología del saber*. Implica una notable contradicción: puesto que Foucault considera que es imposible conocer los supuestos discursivos de la época en la que subsistimos, es obvio entonces que no podemos abstenemos de esos supuestos; y, si pudiéramos, nuestros discursos no serían creíbles porque no responderían a la episteme de nuestra época. Por lo tanto, si el discurso “objetivo” no existe, ya que no podemos discriminar los supuestos, el arqueólogo no puede pretender que su discurso se enuncie objetivamente.<sup>[6]</sup>

Algunos de los conceptos desarrollados en *Arqueología del saber* surgieron a posteriori de las demás obras arqueológicas, aunque hayan operado en las mismas sin propuesta previa. Se trata de un libro detallista y exhaustivo, con vuelo literario, por momentos, casi poético. Pero se trata, también, de un libro de difícil lectura. Es notable que la “atipicidad” se produce en los textos con los que Foucault, de alguna manera, “cierra” una etapa de su obra.

Este libro bisagra parecen transmitir algo forzado, quizá por una especie de voluntad de teorizar. En el resto de su obra, Foucault categoriza apoyándose en desarrollos históricos y análisis de prácticas concretas. En ese libro, en cambio, los esquemas teóricos aparecen más descamados o especulativos (Foucault no aceptaría esta última caracterización). Parece tratarse de un libro de despedida de períodos en los que el entusiasmo por la tarea emprendida lo hacía atender especialmente al objeto estudiado y no al método. Por el contrario, en ese texto intenta aclarar o deslindar el marco de referencia teórico como una forma de reconsiderar el trayecto recorrido. Resumiendo: *Historia de la locura* y *El nacimiento de la clínica* tratan de lo otro; *Las palabras y las cosas*, de lo mismo, y *Arqueología del saber*, del método arqueológico.

Para Foucault, las teorías son como “cajas de herramientas”, útiles por ejemplo para pensar la locura, la comprensión lógica o las relaciones de saber-poder, a partir de las reflexiones necesariamente históricas sobre situaciones determinadas. Apelaré, en lo que sigue, a *Arqueología del saber*, justamente, como a una caja de herramientas para aclarar o determinar categorías foucaultianas, y con ello dilucidar mejor el resto de sus textos.

## **La producción de enunciados y de objetos**

En *Historia de la locura* hay referencias a “bestiarios morales”. Esto es, descripciones de animales reales o imaginarios, a través de los cuales se representaban simbólicamente los valores de la humanidad. Uno de esos animales fantásticos fue el *Gutenmech*, un ave que se encuentra en grabados medievales. Su principal característica es un cuello larguísimo: con él quería representarse la elaboración del pensamiento. Éste tiene su origen en el corazón y debe recorrer un largo trayecto hasta llegar a la cabeza. Cuanto más largo es el camino, más espirituales son los pensamientos. Cuanto más lentamente suben del corazón a la cabeza, más tiempo tienen de ser sopesados. El ave de cuello muy largo simboliza un pensamiento sutil y refinado. La sabiduría se representa con un cuello alambicado que indica una reflexión elaborada, fina, paciente. Si el pensamiento tarda en llegar del corazón a la cabeza, destila mejor sus impurezas.

La evolución que sufrió la imagen del *Gutenmech* fue haciéndose cada vez más sofisticada. Algunos cuellos se enroscaban varias veces sobre sí mismos. Se llegó, incluso, a la que sería la quintaesencia de la representación de un pensamiento sutil: desapareció el cuerpo, es decir, el

corazón; sólo persistió la representación de un rostro enigmático. Al mismo tiempo que se transformaba la representación del ave, se expresaba, también, su simbolismo: si al principio de la representación expresaba el pensamiento sutil, en la cúspide de su desarrollo designará la fascinación, el deseo, la misteriosa atracción de lo desconocido. Tal es el caso de la cabeza con piernas que aparece en *La tentación de Lisboa* pintada por el Bosco. Allí están San Antonio y ese rostro sin cuerpo mirándose con mutuo embeleso. Foucault considera que ese rostro enigmático representa el deseo. Vivir para satisfacer los deseos era considerado locura. En la imagen del Bosco la locura se ha convertido en tentación. El hombre se siente fascinado por ella.

Al final de la Edad Media, la locura parece producir más atracción que rechazo, por lo menos en las manifestaciones pictóricas y literarias. Se trata de la atracción de lo que va en contra de la naturaleza. Es como la atracción de lo fantasmagórico: subyuga más que las realidades. En el Renacimiento hay un desplazamiento de la locura como satisfacción de los deseos a la locura como revelación del saber. Hay algo de locura en querer saberlo todo. Pero con la suficiente ambigüedad como para querer saber, a pesar de todo. El loco es dueño de cierto saber. Pero la locura ya no fascina, aunque siga atrayendo. El saber atrae a pesar de ser vano y desordenado. Erasmo, en su ronda de locos, hace desfilar a gramáticos, teólogos y filósofos. El exceso de ciencia es presunción ignorante, es locura. No obstante, de ese saber fatuo se puede extraer verdadero saber. El saber de los locos está prediciendo el reino de Satán y el fin del mundo. La imagen y el discurso de la locura se habían superpuesto por momentos, hasta el punto de que algunos comentaristas posteriores creen que los cuadros que tematizan la locura son, en realidad, ilustraciones de los libros que se ocupan de ella. Sin embargo, la imagen y el discurso se alejan representando dos formas distintas de